

Baltasar del Alcázar

## En Jaén, donde resido

### Poema original:

En Jaén, donde resido,  
vive don Lope de Sosa,  
y diréte, Inés, la cosa  
más brava d'él que has oído.

Tenía este caballero  
un criado portugués...  
Pero cenemos, Inés,  
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta;  
lo que se ha de cenar, junto;  
las tazas y el vino, a punto;  
falta comenzar la fiesta.

Rebana pan. Bueno está.  
La ensaladilla es del cielo;  
y el salpicón, con su ajuelo,  
¿no miras qué tufo da?

Comienza el vinillo nuevo  
y échale la bendición:  
yo tengo por devoción  
de santiguar lo que bebo.

Franco fue, Inés, ese toque;  
pero arrójame la bota;  
vale un florín cada gota  
d'este vinillo a loque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya: de la del cantillo;  
diez y seis vale el cuartillo;  
no tiene vino más bajo.

Por Nuestro Señor, que es mina  
la taberna de Alcocer:

grande consuelo es tener  
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,  
vive Dios que no lo sé,  
pero delicada fue  
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
pido vino de lo nuevo,  
mídenlo, dánmelo, bebo,  
págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba;  
no es menester alaballo;  
sola una falta le hallo:  
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón  
hizo fin; ¿qué viene ahora?  
La morcilla. ¡Oh, gran señora,  
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué través y enjundias tiene!  
Paréceme, Inés, que viene  
para que demos en ella.

Pues, ¡sus!, encójase y entre,  
que es algo estrecho el camino.  
No echas agua, Inés, al vino,  
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasaniejo,  
porque con más gusto comas;  
Dios te salve, que así tomas,  
como sabia, mi consejo.

Mas di: ¿no adoras y precias  
la morcilla ilustre y rica?  
¡Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
y asada por esas manos

hechas a cebar lechones.

¡Vive Dios, que se podía  
poner al lado del Rey  
puerco, Inés, a toda ley,  
que hinche tripa vacía!

El corazón me revienta  
de placer. No sé de ti  
cómo te va. Yo, por mí,  
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios.  
Mas oye un punto sutil:  
¿No pusiste allí un candil?  
¿Cómo remanecen dos?

Pero son preguntas viles;  
ya sé lo que puede ser:  
con este negro beber  
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel.  
¡Alto licor celestial!  
No es el aloquillo tal,  
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡Qué color,  
todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,  
la moradilla va entrando,  
y ambos vienen preguntando  
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo:  
el de Pinto no le iguala;  
pues la aceituna no es mala;  
bien puede bogar su remo.

Pues haz, Inés, lo que sueles:  
daca de la bota llena  
seis tragos. Hecha es la cena;  
levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado  
tan bien y con tanto gusto,  
parece que será justo  
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan; yo me duermo;  
quédese para mañana.